



Nadie puede agradar, a la vez, a dos personas con gustos distintos, con maneras distintas de ser o de ver las cosas; e, incluso con criterios distintos.

En el Evangelio escuchamos a Jesús que dice: *“Nadie puede servir a dos señores: porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien, se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero”*. (Mt. 6, 24)

Esos dos señores a los que no se les puede servir a la vez, según Jesús, son: *Dios y el dinero*. El amor a Dios, y el amor al dinero, no pueden darse juntos. Igualmente no se puede servir al mundo (entendido como lo mundanal) y a Dios. Tampoco se puede servir a nuestro propio orgullo y a Dios. Y tantas otras cosas que no son compatibles con el servicio a Dios.

Dios es uno, y no se le puede adorar juntamente con otros “dioses”. Los humanos (la mayoría) tenemos diversos dioses. A veces, nosotros mismos nos endiosamos, y quitamos parte de lo que le pertenece al único Dios. Hay muchas cosas que las convertimos en “dioses”; que las preferimos al Dios verdadero; que ocupan en nuestra vida un valor más importante; y que acaparan nuestro corazón, nuestros deseos. Y desplazamos al único Dios que debiera ocupar todo el espacio del corazón, de la inteligencia, de los sentimientos, y de toda la vida.

Cuando el tener y el poseer son prioritarios en nosotros, empezamos a tener *“un señor”* al cual acabamos sirviendo, porque nos recompensa materialmente. Y acaba esclavizándonos, y separándonos del Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo; el Dios de Jesucristo.

Quisiéramos jugar en la vida con dos barajas, que nos asegurasen siempre el ganar. Tener varios *dioses*, incluso teniendo al otro Dios, de reserva, para cuando hiciese falta. Pero Dios no es un comodín, para cuando haga falta usarlo. Eso sería manipulación; y al verdadero Dios no se le puede manipular. No es intercambiable como los cromos de nuestra niñez.

La finalidad de Dios para con nosotros, y la de los dioses creados a nuestro antojo, es totalmente distinta y opuesta. Y, aunque las apariencias engañan, podemos decir que solo el verdadero y único Dios puede hacernos felices en esta vida y en la otra.

Si te dejas llevar de los caprichos, de las luces de fantasía del mundo, del placer o de la comodidad, harás acopio de muchos dioses, que van a satisfacer tus apetitos, pero no crean paz ni felicidad. Todo es pasajero, dura lo que los fuegos de artificio. Y después, tu espíritu queda en soledad, porque nada puede llenar tu corazón.

El gran santo, Agustín de Hipona, decía: “Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto, hasta que descansa en Ti”.

Dios es como un gran imán, que atrae todas las partículas metálicas, que somos nosotros. Y sería “contra natura”, que las partículas no se sintiesen atraídas.